

CAPÍTULO VII.

GLORIA Y FORTUNA.

Si, como dice Chateaubriand, la Providencia ha encerrado en límites estrechos los triunfos que no tienen su origen en el bien, á aquellos cuya única raíz es la virtud no ha puesto límites, tasa ni medida. Lo que nace del bien, produce bien, y su fin es la eternidad.

Los desvelos de la virtuosa jóven y desvalida madre, cuidando la infancia del hijo á quien dió el sér; huyendo de toda ocasion que le apartara del angosto camino de la virtud, por donde con paso firme le dirigia; levantado su corazón á Dios y solo en Él esperando; el virtuoso jóven que siguiendo sumiso el camino trazado por su

madre, apenas brilló el sol de su juventud, con el laudable propósito de crearse una posicion desahogada y como único medio de llegar á ella sin abrumar su conciencia, dedicóse con incansable celo al trabajo, echando mano de los recursos con que la sábia Providencia le dotára, tarde ó temprano habian de alcanzar sus triunfos, triunfos grandes é imperecederos porque tenian su origen en la virtud.

El libro escrito en la miseria é inspirado por el infortunio fué un verdadero acontecimiento en el mundo literario; llamó á sí á la veleidosa fortuna, é inmortalizó el nombre de su autor. Estos bienes fueron acogidos en la modesta guardilla con lágrimas de ternura y un voto de gracias á Dios; la madre, no viendo más que el brillante porvenir que á su querido hijo se ofrecia; éste, contento por la dichosa vejez que á su buena madre esperaba, si bien su pensamiento entero lo absorbia un sér para el cual eran su corazón y su vida; sus ojos no veían más que á él; sus oídos no percibian

otra voz que la suya; encaminábase insensiblemente su planta á do pudiese hallarle. La hermosa luz de la aurora; la galanura de las flores; el canto de las aves, le recordaban su mirada, su talle, su acento. Cuanto de bello encierra la naturaleza, era para el jóven pálida pintura de la belleza que él idolatraba, y recogía con avidez los laureles que el mundo ofrecía á su talento para depositarlos á los piés de su ídolo. Este amor tan intenso como firme, no era ya un secreto, si bien, jamás de él se había hablado; adivinólo su madre, no se lo ocultó á su amiga, y comprendiólo el mismo ser que lo inspiraba; sin embargo, respetábase como cosa santa; nadie se atrevía á aventurar sobre él una palabra por temor de profanarlo.

El rápido cambio de posición que nuestro héroe experimentara hábale precisado á cambiar totalmente su vida, pues la sociedad nos impone los deberes para con ella segun el puesto que nos señala; así que había empezado por proporcionarse una de-

cente habitacion en la calle del Carmen, con el objeto de estar lo más cerca posible de aquella pobre guardilla en la que con tanto trabajo había labrado su fortuna. Mas ¿é Isabel? aquella amiga, aquella hermana con la cual partieran sus lágrimas y pesares? ¿Era acaso posible vivir lejos de ella? Esta era la cuestion entablada continuamente entre ellos, y de difícil solución. Decíale la madre:

—¿Pero qué inconveniente, qué escrupulo tienes en venirte con á nuestro lado? ¿Cómo hemos de vivir lejos de tí, de la cariñosa hija que Dios me envió para mi consuelo, de la solícita hermana de mi Enrique?

—Isabel, decía este, ¿querrá usted que al tenderme la fortuna su mano, tenga yo que maldecirla por privarme de la mitad de mi familia, pues tales son para mí usted y su hija?

—Y yo, decía Isabel, ¿puedo acaso abandonar este sitio en el que Dios vino á visitarme trayéndome á la mejor de las ami-

gas? ¿Cuántas veces Adriana se ha hecho la enojada porque no he querido adherirme á sus deseos, los mismos que hoy tienen ustedes? ¿Puedo acceder ahora á lo que la he negado á ella ántes?

—Más motivaba tu negativa el sentimiento que habias de sentir al separarte de de nuestro lado; hoy se truecan los papeles: ¿querrás que hagamos lo que tú no hiciste? ¿Supones inferior al tuyo nuestro cariño?

—¡Oh! nunca, no es eso, doña Carmen, no, madre mia, exclamó Isabel echándola los brazos al cuello: hay de por medio otro motivo.

—¿Qué puede ser?

—Olvida usted la visita que ha dos dias me hizo mi amiga, la carta que todos leímos, el último párrafo de aquella?

—¡Es verdad! . . .

—¡Oh! lo tengo grabado en mi imaginacion con letras de fuego, decia: «De lo explicado podrá inferir vucencia que el señor Ortiz no consta en el libro de defunciones, y que todas las probabilidades son

de que sea el herido que encontré en el hospital, pues si bien está inscrito en él con el nombre de Artis, no seria extraño una equivocacion al escribir un frances un nombre español.» Esto decia la carta, y mi corazon me dice más, me dice que vive mi Ricardo, y donde me llevó su ausencia me ha de encontrar su regreso, pues yo espero en Dios que al conservarle la vida no será para tenerle eternamente separado de nuestro lado. Este es el verdadero motivo que, justo ó no, me detiene en este pobre albergue.

—Está bien, contestó Enrique; yo prometo no solamente respetarlo, sino no separarnos de su lado hasta saber á qué atenernos respecto de usted. Enrique de Velasco puede vivir para la sociedad en su nueva habitacion, mas en realidad seguirá en su modesta guardilla. Pronto sabremos lo que haya de cierto en la muerte de su esposo, y ó la dejaremos en brazos de él, ó seguirá usted en los de su madre y hermano.

— ¡Buen amigo!... murmuró Isabel enjugándose las lágrimas que la gratitud agolpaba á sus ojos.

Escenas de esta naturaleza repetíanse diariamente, pues todos á cual más procuraban rivalizar en rasgos de cariño y abnegacion. Unicamente al visitar la duquesa aquella casa enmudecian todos, sin atreverse á poner de manifiesto los generosos sentimientos de su pecho ante aquella sublime mujer, símbolo de todas las bellezas humanas, espejo de todas las virtudes con que Dios dotara á la criatura. ¿Y cómo oponer sus deseos á los de aquella, si de ellos resultaba siempre la mayor ventura? Por esto Enrique, que veía con la doble vista del entendimiento y del corazón, comprendió que no disgustaba á Adriana que su amiga permaneciese en la guardilla, y quedóse él tambien, no solo por no separarse de la que miraba como hermana, sino por otro motivo que no es menester ser muy ladino para adivinarlo. En esta buena accion habia su parte de

egoismo, mas, ¡tan disculpable!... Y bien mirado, ¿qué acto de nuestra vida, por bueno, por desinteresado y santo que sea, no encierra algo de este sentimiento que solo nos mueve en provecho propio? La accion más generosa, el acto más grande de abnegacion tiene su parte de egoismo, pues hay siempre la imponderable satisfaccion que el corazón siente y el placer de agradar á Dios. El egoismo de Enrique era más mundano, pero noble y puro, como solo su pecho pudiera sentirlo.